

Miguel León-Portilla

La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes

Ángel María Garibay K. (prólogo)

Undécima edición

Ciudad de México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2017

526 p.

Ilustraciones

(Serie Cultura Náhuatl: Monografías, 10)

ISBN 978-607-02-8765-7

Formato: PDF

Publicado en línea: 30 de marzo de 2017

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/filosofia/nahuatl.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2017, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



EXISTENCIA DE UNA CONCIENCIA HISTÓRICA EN EL MUNDO NÁHUATL

Si, como hemos visto, fue grande la preocupación de los sabios nahuas por orientar a su pueblo en los aspectos moral y jurídico, correlativamente encontramos en ellos un profundo interés por conservar el recuerdo del origen y especialmente de los triunfos y fracasos de su gente. Porque, teniendo por misión aceptada y pregonada “el poner un espejo delante de la gente para que se conozca a sí misma y se haga cuerda”, debió irse consolidando en su pensamiento la convicción de que la memoria de los hechos pasados era el mejor de los espejos que podían ponerse ante los hombres para que se conocieran como grupo o sociedad.

El hecho indudable es que, como vamos a comprobarlo acudiendo a las fuentes, el pueblo náhuatl poseyó lo que hoy llamaríamos una bien arraigada conciencia histórica. Hablan claramente en favor de esta afirmación los preceptos del *Calmécac* a que hemos ya aludido, entre los que se menciona el estudio de los *Xiuhámatl* o “libros de los años”, llamados “Anales” por Ixtlilxóchitl, quien añade que ponían en ellos “por su orden las cosas que acaecían en cada un año, con día, mes y hora”.⁵²

Y si bien es cierto que la casi totalidad de estos códices históricos fue destruida durante y a raíz de la Conquista, poseemos unos pocos originales o reproducciones posteriores, así como sobre todo, en mayor número, lo que llamaremos “alfabetización” o reducción a escritura del contenido de los *Xiuhámatl*. Ejemplos de esto son los *Anales de Cuauhtitlán*, el *Manuscrito de 1558* (leyenda de los soles), la *Historia tolteca-chichimeca*, etcétera.⁵³

⁵² Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, *Obras históricas*, t. II, p. 17.

⁵³ Que en tiempos de los primeros frailes venidos a México había aún algunos *Xiuhámatl* auténticos nos lo prueban los testimonios de Sahagún, Olmos, Tovar, Durán, etcétera, quienes certifican que recibieron información de los indios sobre

Otra prueba de esta conciencia histórica del pueblo náhuatl, la encontramos en la respuesta ya citada de los *tlamatinime* a los doce primeros frailes recién llegados a Tenochtitlan. Allí se alude varias veces a la antigüedad y bien conservada memoria de sus tradiciones y hechos. Y aun se presenta esto como un argumento que deben tomar en cuenta los frailes. Porque, como dicen los *tlamatinime*:

Ahora nosotros,
¿destruiremos
la antigua regla de vida?
La de los chichimecas,
de los toltecas,
de los acolhuas,
de los tecpanecas...⁵⁴

Y así como ésta hay por lo menos otras dos alusiones históricas igualmente significativas, primero a los reyes y señores que desde tiempos remotos guardaron su antigua regla de vida, y luego a los antiquísimos lugares, entre los que se mencionan Teotihuacan y Tula, donde asimismo ésta fue observada. Pero, si esta serie de referencias históricas presentadas por los *tlamatinime*, en circunstancias por demás dramáticas, ponen de manifiesto su hondo sentido histórico, que espontáneamente los llevó a buscar argumentos en los hechos pasados, hay todavía otro texto de los informantes de Sahagún que parece ofrecer la prueba más completa de la existencia de una arraigada conciencia histórica entre los nahuas. Porque el texto en cuestión viene a corroborar esto de muy peculiar manera. Se narra en él cómo a raíz de la consolidación del grupo azteca, gracias a los triunfos de *Itzcóatl* (rey de Tenochtitlan —según la *Crónica mexicáyotl*— hacia el año 13 caña: 1427),⁵⁵ y del que habría de ser supremo consejero de los gobernantes mexicas, *Tlacaélel*, se ordenó

la base de sus pinturas. Por vía de ejemplo, citamos las palabras textuales de Sahagún: “Todos las cosas que conferimos me las dieron por sus pinturas, que aquella era la escritura que ellos antiguamente usaban: los gramáticos los declararon en su lengua, escribiendo la declaración al pie de la pintura...” (*Op. cit.*, t. I, p. 2.)

⁵⁴ *Colloquios y Doctrina Christiana...* (edición de W. Lehmann), p. 105; *API*, 72.

⁵⁵ Fernando Alvarado Tezozómoc, *Crónica mexicáyotl*, traducción directa del náhuatl por Adrián León, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1949, p. 108.

la quema de los antiguos códices en que se guardaban las tradiciones, con el fin de establecer su versión oficial de la historia *mexícatl*. Y esto que superficialmente pudiera ser tomado como falta de conciencia histórica en *Itzcóatl* y *Tlacaélel* prueba en realidad su sagacidad, porque conocedores de la importancia de las tradiciones, en las que hasta entonces ocupaban los aztecas un lugar secundario, decidieron suprimirlas para poder echar las bases de un nuevo sentimiento de grupo, ordenando la enseñanza de su versión azteca de la historia. Se satisfacían así por otra parte de lleno los anhelos de los nuevos señores *mexicas* que habían obtenido su primer gran triunfo al someter a los tecpanecas de *Azcapotzalco*. He aquí el texto mismo que nos refiere las preocupaciones de *Itzcóatl* acerca de la conciencia histórica de su pueblo:

Se guardaba su historia.
Pero entonces fue quemada:
cuando reinó *Itzcóatl*, en México.
Se tomó una resolución,
los señores *mexicas* dijeron:
no conviene que toda la gente
conozca las pinturas.
Los que están sujetos (el pueblo)
se echarán a perder
y andará torcida la tierra,
porque allí se guarda mucha mentira,
y muchos en ellas han sido tenidos por dioses.⁵⁶

Tratando, pues, de suprimir de la historia lo que a su juicio era “muchas mentiras”, como el aludido endiosamiento de muchos, dirigieron luego *Itzcóatl* y *Tlacaélel* su atención a crear una nueva tradición enaltecedora del pueblo *mexícatl*. Aquí es donde posiblemente tuvieron su origen, gracias a la educación que supo encauzar el naciente sentimiento “nacionalista”, los mitos peculiares del “pueblo del Sol” y de *Huitzilopochtli*, su dios protector.

⁵⁶ *Textos de los informantes de Sahagún*, edición facsimilar de Paso y Troncoso, v. VIII, f. 192v; *AP I*, 73. Un poco más abajo volveremos a ocuparnos de este mismo texto, en función de la cosmovisión místico-guerrera impuesta principalmente por *Tlacaélel* a los aztecas.

Y si bien es cierto que *Itzcóatl* y *Tlacaélel* no lograron suprimir la totalidad de las antiguas tradiciones, ya que muchas siguieron transmitiéndose de palabra y sobre todo continuaron vivientes en los grupos nahuas vecinos de Tezcoco, Tlacopan, Tlaxcala, etcétera, sin embargo el solo intento de querer modificar la tradición histórica muestra que ésta era considerada como un factor de gran importancia en el mundo náhuatl. Tan es así que pensaron los señores *mexicas* que de ello dependía fundamentalmente “el que anduviera o no torcida la tierra”.

Constándonos ya por los varios testimonios presentados que existió entre los nahuas lo que llamamos hoy una profunda conciencia histórica, es menester que examinemos ahora cuál fue su manera de concebir la historia. En la primera línea del texto recién citado encontramos una mención expresa de la historia: “se guardaba su historia” (*ca mopiaya in iitoloca*). Un análisis del último término, *iitoloca*, nos mostrará un primer aspecto de la idea náhuatl que pretendemos conocer. Se trata de un compuesto de los siguientes elementos: *i-ito-lo-ca*. La raíz principal es *ito(a)*: decir, que unida al infijo *-lo-* toma carácter pasivo y, seguida del sufijo instrumental *-ca*, significa “lo que se dice”. Anteponiéndose a estos elementos el prefijo personal *i-* (de alguno), todo el compuesto vale tanto como: “lo que se dice de alguno”. Es, pues, la historia náhuatl (*Geschichte*, como no duda en traducir Seler),⁵⁷ el conjunto de lo que se dice acerca de quienes han vivido en la tierra. Mas no se trata en la historia náhuatl de un mero decir sin fundamento, como lo hace ver otro texto de los *Anales de Cuauhtitlán*, en el que se afirma que se “oirá decir lo que se puso en papel y se pintó”.⁵⁸

O sea que, como lo certifican también los testimonios ya aducidos de los cronistas, los indios teniendo delante sus códices y pinturas “decían” o declaraban lo que allí estaba representado. De donde se infiere que, si bien la palabra declaratoria era fundamental para la transmisión de la historia entre los nahuas, ésta suponía siempre la documentación a base de signos numéricos y pinturas. Tomando

⁵⁷ Eduard Seler, *Einige Kapitel aus dem Geschichtswerk des fray Bernardino de Sahagún*, p. 435.

⁵⁸ *Anales de Cuauhtitlán* (edición de W. Lehmann), p. 104; AP I, 74.

esto en cuenta no extraña oír que Ixtlilxóchitl, en el prólogo de su *Historia de la nación chichimeca*, nos hable de que para redactar ésta:

me aproveché de las pinturas y caracteres que son con que aquéllas están escritas y memorizadas sus historias, por haberse pintado al tiempo y cuando sucedieron las cosas acaecidas y de los cantos con que las conservaban autores muy graves en su modo de ciencia y facultad.⁵⁹

Y es que, preocupados como estaban los nahuas por conservar la memoria del pasado, llegaron a contar con toda una serie de personas que hoy designaríamos como “especialistas” en las principales ramas de la historia. Nota en este sentido el mismo Ixtlilxóchitl:

tenían para cada género sus escritores, unos que trataban de los Anales (*Xiuhámatl*), poniendo por su orden las cosas que acaecían en cada un año, con día, mes y hora.

Otros tenían a su cargo las genealogías y descendencias de los Reyes y Señores y personas de linaje, asentando por cuenta y razón los que nacían y borrraban los que morían con la misma cuenta.

Unos tenían cuidado de las pinturas de los términos, límites y mojoneras de las ciudades, provincias, pueblos y lugares, y de las suertes y repartimientos de tierras, cuyos eran y a quién pertenecían...⁶⁰

Tan extraordinaria enumeración de las profesiones de quienes se ocupaban de ir dejando testimonio de los acontecimientos pasados no es fruto de la imaginación de Ixtlilxóchitl, pues si recordamos lo dicho al comentar en el capítulo I un texto de los *Colloquios*, en el que se habla de la diversificación del saber entre los nahuas, así como lo que se refiere al principio de la *Historia de los mexicanos por sus pinturas*, se verá que hay plena concordancia entre estas fuentes de tan distinta procedencia respecto de la existencia de “escuelas” o grupos de historiadores entre los nahuas.

Como una última prueba de la universal difusión de la *itoloca* o historia náhuatl que, cultivada por los sabios, alcanzaba luego

⁵⁹ Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, *op. cit.*, t. II, p. 17.

⁶⁰ *Loc. cit.*

amplia resonancia social, presentamos un cantar conservado por Alvarado Tezozómoc, en el que todo el pueblo que lo entona —como “recordación de los principales mexicanos muertos en la guerra de Chalco”— afirma que el imperio *mexícatl* sabe guardar la memoria de sus guerreros:

La muerte
que nuestros padres, hermanos e hijos recibieron
no les sucedió porque debieran nada,
ni por robar, ni por mentir,
ni por alguna vileza,
sino por valor y honra
de nuestra patria y nación
y por valor de nuestro imperio mexicano,
y honra y gloria
de nuestro dios y señor *Huitzilopochtli*,
y recordación de perpetua memoria,
honra y gloria de ellos.⁶¹

Un pueblo que así sabía conservar el recuerdo de sus héroes y que tan pormenorizadamente rememoraba sus mitos y hechos pasados era, en todo el rigor de la palabra, un pueblo con conciencia histórica. Lo cual creemos que equivale a decir que así como en el plano individual habían encontrado los *tlamatinime* la idea de persona: “rostro y corazón”, así en el terreno social se habían descubierto como un grupo con una fisonomía y una trayectoria particulares en el tiempo. Un descubrimiento semejante es también filosofía, y, lo que es más importante, es filosofía con resonancias sociales.

En el caso concreto de los aztecas no es fantasía sostener que la más inmediata consecuencia deducida por ellos de su historia fue su persuasión de ser —como lo ha notado Caso— “un pueblo con misión”. Por esto, no dejan de cautivar nuestra atención las proféticas palabras de Chimalpáin, que en sus *Anales* proyectó hacia el futuro la presencia histórica de la gran Tenochtitlan, tal como latía en su propia conciencia:

⁶¹ Hernando Alvarado Tezozómoc, *Crónica mexicana*, notas de M. Orozco y Berra, México, Editorial Leyenda, 1994, cap. XXV, p. 94.



En tanto que permanezca el mundo,
no acabará la fama y la gloria
de México-Tenochtitlan.⁶²

Es ésta sólo una muestra de la confianza que la conciencia de su pasado supo inspirar en el ánimo de los pueblos nahuas. Porque, gracias a la historia que respondía a la pregunta sobre su origen remoto y que aun se aventuraba a hacer predicciones sobre el porvenir, pudieron sentirse los nahuas centrados en su mundo, no ya como forasteros, sino como creadores y herederos de una cultura —la *toltecáyotl*—, palabra que abarca todo lo elevado y noble del mundo náhuatl.

⁶² Domingo Chimalpáin Cuauhtlehuanitzin, *Memorial breve de la fundacion de la ciudad de Culhuacan*, apud W. Lehmann, *Die Geschichte der Königreiche von Colhuacan und Mexico*, p. III; AP I, 75.